
Testigo Irrecusable

Emilia Pardo Bazán

textos.info

biblioteca digital abierta

Texto núm. 6636

Título: Testigo Irrecusable

Autor: Emilia Pardo Bazán

Etiquetas: Cuento

Editor: Edu Robsy

Fecha de creación: 10 de mayo de 2021

Fecha de modificación: 10 de mayo de 2021

Edita textos.info

Maison Carrée

c/ Ramal, 48

07730 Alayor - Menorca

Islas Baleares

España

Más textos disponibles en <http://www.textos.info>

Testigo Irrecusable

La encontré —dijo Gil Antúnez— en una situación tan triste, que mi amor se fundó en la piedad. Su familia la torturaba para que se prestase a combinaciones indignas. Y, si he de ser justo, ella resistía con heroísmo. El viejo que visitaba la casa, atraído por la belleza vernal de la niña, recibió de ella tales sofiones, que no volvió.

Empecé a interesarme, y un día, cuando ya quiso buenamente (sólo así la hubiese aceptado) la instalé en un pisito que amueblé y decoré con elegancia. Me complací en consultarla para todo, y observé que tenía un buen gusto natural, un innato sentido de la belleza. Le revelé el encanto de las flores que pueden vivir bajo techado, y el de las que se enraman en los balcones, y la magia de las lucientes porcelanas y las telas flexibles, de pliegues delicados, y el deslumbramiento de las gotas de brillantes colgando de la oreja diminuta, y la caricia del hilo de perlas sobre el raso de la tabla del pecho. Gracias a mí, sus oídos se inundaron de música, en el Teatro Real y en los conciertos, y su vista gozó de las playas orladas de espuma y de los bosques rumorosos, cuando la hube enviado a veranear, porque la encontraba paliducha y decaída. Como cuidaría a una hija un padre, o a la hermanilla el hermano mayor, pensé en su salud, me preocupé de rehacerle un cuerpo robusto y una tez de arrebol, unos ojos húmedos y brillantes, una boca carnosa, de coral vivo, un reír alegre, un apetito normal y despierto. Le di a conocer sabores gustosos; hice abrir para ella el nácar de la ostra y tajar el vivo limón y aderezar la becada con su propio hígado, y la enseñé a estimar el negro perfumado de la trufa, el oro claro de los vinos ligeros, el espumar del Pomery. Y ella repetía, constantemente, que me debía

cuanto era, su felicidad, su inteligencia misma; que yo podía pedirle sangre, y que se abriría la vena del brazo.

—No es menester tanto como eso, mi Clotilde —respondía yo—. Sólo te pido que no me engañes. Ésa es la prueba de agradecimiento que aguardo de ti. Sé leal conmigo. El día que te canses de mi cariño, no he de imponértelo.

Los juramentos llovían, las protestas se desbordaban, y hasta las lágrimas mojaron más de una vez aquellas mejillas, semejantes a las dos mitades de delicioso albrichigo. Clotilde no quería vivir sino para mí... Que me constase y que no le dijese absurdos.

Entre mis regalos más agradecidos, figuraba una perrita que a Clotilde la divertía mucho, o por mejor decir, la ocupaba mucho. Respondía el lindo animal al nombre de Monina, el primero que su ama le dio. Era de raza muy pura, de lo más fino que hay en lúlús de Pomerania, con una pelambreira blanca encantadora, y Clotilde no consentía separarse de ella un momento, dedicando horas enteras a peinarla, espulgarla, perfumarla, limpiarle los dientes con cepillo y elixir y cortarle las uñitas, visitarle las orejitas, y en suma, atildarla y cuidarla como cuidaría a un niño. Era quizás Monina su principal distracción. (Después vi que tenía otras; pero a esto ya llegaré). Y Monina le pagaba tantas atenciones no separándose de su ama un instante, y no conociendo sino a ella o a mí. A cualquiera otra persona que se acercase, aunque fuese la misma doncella de Clotilde, le ladraba con cómico furor. Si tuviese fuerza para tanto, mordería.

Clotilde llevaba una vida de retraimiento. En sociedad no podía alternar, y en el mundo que se divierte no quería yo introducirla. Tenía mis planes para el porvenir. Un día u otro... ¿quién sabe?... Mi madre vivía aún, y mientras ella viviese, no había yo de unirme sino a quien ella pudiese recibir en palmas, con el nombre de hija. Por desgracia, una enfermedad que no perdona la minaba, y podía yo prever el momento en que me hallase solo en el mundo. Entonces,

pudiera... ¿Por qué no?; Clotilde me debía tanto; era, además, tan agradable, de un carácter tan dulce, de un rostro tan atractivo, siempre contenta, tan inteligente. Lo que se busca en la esposa —cuando no se busca dinero, ni engrandecimiento, ni relaciones— es lo que tiene propio, las prendas de su alma... y de su cuerpo, porque yo estaba encantado de aquella chiquilla, que iba convirtiéndose en espléndida mujer. Y por eso la resguardaba, la preservaba de contactos que deprimen, la mantenía alejada de la clase de mujeres y hombres que hubiesen podido ser sus amigos.

Y era una de las cadenas con las cuales me tenía atado, la resignación blanda con que sufría aquella incomunicación sistemática en que yo la hacía vivir. Como me inspiraba, al imponérsela, en planes que llevaban por objeto su bien, su porvenir honrado y dichoso, era inflexible en hacérsela observar, y los resultados de mi sistema eran para mí en alto grado halagadores; en el mundo de los calaveras se hablaba con cierto misterioso respeto de Clotilde «la Clotilde de Gil». No logrando acercarse a ella, la consideraban como algo semejantísimo a las mujeres de bien. La admiraban de lejos, en paseos y teatros; pero comprendían que, de toda tentativa de aproximación, les hubiese pedido yo estrecha cuenta.

Con haber conseguido el sano aislamiento de Clotilde, otro se daría por satisfecho; pero yo en mi secreto propósito de hacerla algún día mi compañera, no me descuidaba, ni dejaba de comprender la necesidad de una vigilancia estrecha, constante. Esta vigilancia dio resultados que confirmaron mis planes. Nada noté que fuese en contra de Clotilde.

Llegó un día en que no pude vigilar. Mi madre, agravada en su terrible enfermedad, se moría. No solamente era preciso atenderla mucho, sino que faltar de su cabecera hubiese sido tal vez precipitar un funesto desenlace. Son las madres tan sagaces en lo que interesa a sus hijos, que la mía notaba en mí cierta impaciencia, y la atribuía a su verdadera causa. Ella sospechaba, había oído... Y tal dolor reflejaban sus ojos

cuando yo manifestaba deseos de salir «a tomar un poco del aire», que opté por hacer lo debido: no apartarme de ella un minuto...

Mes y medio estuve sin ver a Clotilde, escribiéndole algún corto billete, para que esperase con paciencia. Al fin, un día, hallándose mi madre bajo el influjo de la morfina, me decidí a tomar mi capa y a ausentarme un momento.

Antes de que entrase en el portal de Clotilde, entró un hombre que venía en sentido opuesto. Era joven, de elegante traza, y reconocí en él a uno de mis amigos de club, Máximo Polo. Sí, no cabía duda, Máximo Polo en persona. ¡Qué coincidencia!... Me detuve reflexionando.

Él no me había visto. Subía la escalera con su paso ágil de *sportsman*, silbando entre dientes el estribillo de un *fox trot*. Todavía pude esperar que no era al piso de Clotilde a donde iba. Por desgracia, se paró ante la puerta, y llamó: campanillazo rápido, como impaciente. No tiró el cigarro, que yo había visto entre sus labios cuando abrió la criadita. Hablaron no sé qué, en voz baja. Luego, Máximo pasó y la puerta volvió a cerrarse.

Yo tenía mi llavín. Subí de puntillas, y lo deslicé en la cerradura. Iba como un autómatas, como el que camina en sueños y realiza los movimientos inconscientemente. No sentía ni indignación ni pena. Sólo, en aquel instante, una ardiente curiosidad.

La llave iba corriendo, no chirrió, y yo, a paso tácito, me acercaba al gabinete tocador de Clotilde, donde se oía hablar, cuando un ser diminuto se lanzó a mí deshaciéndose en ladridillos de alegría, revolcándose sobre la alfombra del pasillo con enloquecimiento. Era, ya se sabe, Monina. Y tras de la perra, casi inmediatamente, salió su ama, exclamando una porción de cosas cariñosas.

—¡Por fin, gracias a Dios!

No sabía yo qué responder, si con manos al cuello o con brazos al cuerpo adorado... Entonces empecé a sufrir, y mi sufrimiento se expresó, como se hubiese expresado mi gozo, con un nombre:

—¡Clotilde!

Entra, entra —repetía ella—. Está aquí un amigo tuyo. Un señor a quien no conozco, y que venía a preguntar si estabas enfermo, porque tampoco ibas al club...

Hay un singular fenómeno en estos procesos de traición amorosa. Hay un período en que la credulidad compite con la fe en lo sobrenatural. Creemos en las realidades tangibles. Y es que nuestra alma, herida profundamente, no quiere morir; es que defendemos nuestra vida sentimental, como defenderíamos la fisiológica. No más, tal vez.

Arrastrado por Clotilde, entré en el gabinete. Máximo, con la lección seguramente bien aprendida, prestó auxilio a su cómplice: venía a saber de mí; pero ¿qué me pasaba? Como acababa de entrar, no había tenido tiempo Clotilde de decírselo... Estaban inquietos; le habían comisionado los que yo sabía, los íntimos...

Y ya el anzuelo me llegaba a la garganta, cuando de pronto mis ojos se dilataron y retrocedí como si hubiese visto un áspid... lo que veía era sencillamente que Monina, la que se abalanzaba contra la gente nueva, la que no consentía ningún intruso, la fierecilla, se acercaba a Máximo, y con demostraciones poco menos cordiales que las hechas a mí, le halagaba, se deshacía a sus pies...

Era tan clara la prueba, que solté una carcajada, una risa de horror y de mofa, y cogiendo en brazos a la lulu, la cubrí de besos.

—¡La única que dice verdad, la única personita seria!, grité, escupiendo mi risa a la faz de los culpables, que, al pronto,

no comprendieron. Al fin, Máximo, balbuciente, pronunció:

—Estoy a tu disposición para cuantas explicaciones...

—Puedes retirarte —contesté—. O mejor dicho, saldremos juntos. Y aún mejor: quédate haciendo a esta señorita la compañía acostumbrada. ¡Monina, tú conmigo!

Acariciando a la perra, con ella en brazos, bajé las escaleras otra vez. Y no he vuelto a ver a Clotilde. Pasé una temporada que cualquiera adivina. Mi madre tardó poco en dejarme para siempre, recomendándome mucho que mirase bien qué mujer escogía... Si llega algún día el caso, preguntaré a Monina, que no se aparta de mí.

Emilia Pardo Bazán



Emilia Pardo Bazán (La Coruña, 16 de septiembre de 1851-Madrid, 12 de mayo de 1921), condesa de Pardo Bazán, fue una noble y aristócrata novelista, periodista, ensayista, crítica literaria, poeta, dramaturga, traductora, editora, catedrática y conferenciante española introductora del naturalismo en España. Fue una precursora en sus ideas acerca de los derechos de las mujeres y el feminismo.

Reivindicó la instrucción de las mujeres como algo fundamental y dedicó una parte importante de su actuación pública a defenderlo. Entre su obra literaria una de las más conocidas es la novela Los Pazos de Ulloa (1886).

Pardo Bazán fue una abanderada de los derechos de las mujeres y dedicó su vida a defenderlos tanto en su trayectoria vital como en su obra literaria. En todas sus obras incorporó sus ideas acerca de la modernización de la sociedad española, sobre la necesidad de la educación femenina y sobre el acceso de las mujeres a todos los derechos y oportunidades que tenían los hombres.

Su cuidada educación y sus viajes por Europa le facilitaron el desarrollo de su interés por la cuestión femenina. En 1882 participó en un congreso pedagógico de la Institución Libre de Enseñanza celebrado en Madrid criticando abiertamente en su intervención la educación que las españolas recibían considerándola una "doma" a través de la cual se les transmitían los valores de pasividad, obediencia y sumisión a sus maridos. También reclamó para las mujeres el derecho a acceder a todos los niveles educativos, a ejercer cualquier profesión, a su felicidad y a su dignidad.